

Deja, pues, siempre alguna parte de tu hacienda, dándola de buena gana á los pobres y necesitados; porque dar lo que se tiene es empobrecerse de otro tanto; y cuanto más darás, tanto más empobrecerás. Verdad es que Dios te lo volverá, no solo en el otro mundo, pero en este con grande abundancia; porque no hay cosa que tanto haga prosperar temporalmente como la limosna; y esperando que Dios nuestro señor te lo vuelva, te habrás ya empobrecido de otro tanto como hubieres dado. ¡Oh, cuán santa y rica pobreza es la que viene de la limosna!

Ama los pobres y la pobreza, porque por este amor te harás verdaderamente pobre; pues como dice la Escritura: *Nosotros somos hechos como las cosas que amamos* (1).

El amor iguala los amantes. *¿Quién está enfermo, con el cual no esté yo enfermo?* (2) dice san Pablo. Podría decir: *¿Quién está pobre, con el cual no esté yo pobre?* Y esto por cuanto el amor le hacía semejante á los que amaba. Si amares, pues, los pobres, tú serás verdaderamente participante de su pobreza y pobre como ellos.

Si amas, pues, los pobres, trátalos á menudo; toma gusto en que te visiten y en visitarlos; convérsalos de buena gana; huélgate de que se lleguen á ti en las iglesias, en las calles, en cualquier parte. Sé pobre de lengua con ellos, hablándoles como compañero; pero sé rica de manos, repartiéndoles de tu hacienda, como más abundante de ella.

¿Quieres hacer aún más, querida Filotea? No te

(1) Oseas, ix, 10.

(2) S. Pablo á los Corintios, II-xi, 29.

contentes con ser pobre como los pobres, sino que seas más pobre que ellos. *¿Cómo, pues, podrá ser esto?* El criado es menos que su amo (1): hazte, pues, criada de los pobres; velos á servir en sus camas cuando están enfermos; y esto se entiende con tus propias manos; sé su cocinera á tu propia costa. ¡Oh, Filotea mía! este servicio es digno de más triunfo que el gozar de un espacioso reino. No puedo acabar de maravillarme del fervor con que practicó este aviso uno de los mayores reyes que ha descubierto el sol; digo gran rey en toda suerte de grandeza. Servía muy á menudo á la mesa de los pobres que él sustentaba, y hacía venir á la suya tres casi todos los días, y muchas veces comía lo que les sobraba, con un amor increíble. Cuando visitaba los hospitales (lo cual hacía muy á menudo), se ponía á servir á los que tenían males más horribles, como leprosos y acancerados, y otros semejantes. Servíales descubierto y de rodillas, respetando en su persona al Salvador del mundo y acariciándolos con un amor tan tierno, como pudiera una madre á su hijo. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, conversaba ordinariamente con los pobres; y para recrearse se vestía algunas veces de pobre mujer, acompañada de sus damas, diciéndolas: Si yo fuera pobre, yo me vistiera así. ¡Oh, buen Dios, querida Filotea, y cómo este príncipe y esta princesa eran pobres en sus riquezas y ricos en su pobreza!

Dichosos son los que así son pobres, porque les pertenece el reino de los cielos. *Yo he tenido hambre, tú me la has satisfecho; yo he tenido frío, tú me has*

(1) S. Juan, xiii, 16.

vestido; poseed el reino que os está preparado desde la constitución del mundo (1), dirá el Rey de los pobres y de los reyes el día del juicio.

No hay ninguno que en ocasiones no tenga alguna necesidad y falta de comodidades. Sucede algunas veces venirmos un huésped, á quien querríamos y deberíamos regalar y agasajar; esnos por entonces imposible: tenemos nuestros vestidos y galas en una parte, y habríamoslas menester en otra, donde deseábamos lucirnos. Sucede que todos los vinos de la cava se ma-lean y enturbian, sin que queden sino los peores. Hallámonos en el campo en una bicoca, donde todo falta: no tenemos cama, ni aposento, mesa ni ropa blanca. En fin, es cosa fácil el tener muchas veces necesidad de alguna cosa por ricos que seamos. Esto es, pues, ser pobres en efecto de aquello que nos falta. No te pese, Filotea, de estos acaecimientos: recíbelos de buena gana y súfrellos con alegría.

Cuando te sobreviniere algún infortunio que te empobrezca, poco ó mucho, como suelen hacer las tempestades, los fuegos, las grandes avenidas, las esterilidades, los latrocinios ó los pleitos, entonces es el verdadero tiempo de practicar la pobreza, sufriendo con mansedumbre estos trabajos, y acomodándose paciente y constantemente á estas pérdidas. Esaú se presentó á su padre con las manos cubiertas de pelo, y Jacob hizo lo mismo (2); mas porque el pelo que cubría las manos de Jacob no estaba asido al pellejo, sino á sus guantes, fácilmente podrían quitársele sin ofenderle; y al contrario, por cuanto el pelo de las manos de

(1) S. Mateo, v, 3; xxv, 34, 36.

(2) Gén. xxvii.

Esaú estaba asido al pellejo, el cual de su natural tenía todo cubierto de vello, quien se le hubiese querido arrancar le hubiera causado no poco dolor; y aseguro que hubiera bien gritado y puéstose á la defensa.

Cuando nuestras haciendas ocupan nuestros corazones, si la tempestad, si el ladrón, si el tramposo nos arrebatara alguna parte de ellas, ¡qué llantos, qué aflicciones, qué impaciencia tenemos! Mas cuando nuestras riquezas no están asidas sino al solo cuidado que Dios manda que tengamos, y no á nuestros corazones, si nos las roban y menguan, no por eso perderemos el juicio ni la tranquilidad.

Esta es la diferencia de las bestias y de los hombres cuanto á sus vestidos; porque los vestidos de las bestias están asidos á la carne y los de los hombres sólo aplicados al cuerpo, de suerte que se los pueden poner y quitar cuando quieran.

CAPÍTULO XVI

PARA PRACTICAR LA POBREZA DE ESPÍRITU (1) EN MEDIO DE LA POBREZA REAL.

Si fueres realmente pobre, querida Filotea, sólo también de espíritu. Haz de necesidad virtud, y aprovéchate de esta piedra preciosa de la pobreza, pues tiene no pequeño valor. Su lustre no es descubierto en este mundo; mas no por eso deja de ser en extremo hermoso y rico.

(1) *La riqueza de espíritu*, dice el original.

Ten paciencia, pues gozas de buena compañía. Nuestro Señor, nuestra Señora, los apóstoles, tantos santos y santas, han sido pobres; y pudiendo ser ricos han menospreciado el serlo. ¡Cuántos mundanos hay que con no pocas contradicciones, ni menos cuidado, han salido á buscar la santa pobreza, así en los monasterios como en los hospitales, trabajando con todas veras para hallarla! Dígalo san Alejo, santa Paula, san Paulino, santa Angela y otros muchos; y lo que más (considerado) deberías estimar, es que la pobreza, tan buscada de tantos santos, ella misma te viene á buscar y á salir al camino, hallándola sin pena ó trabajo alguno. Amala, pues, como amiga amada de Jesucristo, el cual nació, vivió y murió con ella, siendo su querida (1) todo el tiempo que vivió.

Tu pobreza, Filotea, tiene dos grandes privilegios, por cuyo medio puede traerte no poco merecimiento. El primero es el no tenerla por tu elección, sino por la sola voluntad de Dios, que te ha hecho pobre, sin que haya habido ninguna ocurrencia de tu propia voluntad. Lo que recibimos, pues, puramente de la voluntad de Dios, le es siempre muy agradable, con tal que lo recibamos de buena gana y por amor de su santa voluntad. Donde hay menos nuestro, allí hay más de Dios. La simple y pura aceptación de la voluntad de Dios hace al sufrimiento en extremo puro.

El segundo privilegio de esta pobreza es el ser una pobreza verdaderamente pobre. Una pobreza alabada, acariciada, estimada, socorrida y asistida, esta tal no deja de tener en sí alguna riqueza, ó por lo menos

(1) *Su nodriza*, dice el original.

no es del todo pobre; pero una pobreza desechada, aborrecida y baldonada, esta tal es verdaderamente pobreza. Tal es, pues, de ordinario la pobreza de los seculares; porque como los tales no son pobres por su elección, sino por necesidad, no hacen mucho caso de ellos; y por cuanto son desestimados, su pobreza es más pobre que la de los religiosos. Bien es verdad que ésta tiene una muy grande excelencia, mucho más digna de estimación, y esto por causa del voto y de la intención, por la cual ha sido escogida,

No te quejes, pues, amada Filotea, de tu pobreza, porque nunca nos quejamos sino de aquello que nos desagrada; y si te desagrada la pobreza, no serás pobre de espíritu, sino rica de afición.

No te aflijas si no fueres tan bien socorrida como habías menester, porque en esto consiste la excelencia de la pobreza. Querer ser pobre y no recibir ninguna incomodidad, antes es una muy grande ambición; porque entonces es querer tener la honra de la pobreza y la comodidad de las riquezas.

No tengas vergüenza de ser pobre ni de pedir la limosna por caridad; recibe la que te dieren con humildad, y acepta el rehusártela con mansedumbre. Acuérdate á menudo del camino que nuestra Señora hizo á Egipto, llevando á su amado hijo, y cuánto menosprecio, pobreza y miseria la convino sufrir. Si tú vivieres así, tú serás rica en tu pobreza.

CAPÍTULO XVII

DE LA AMISTAD, Y PRIMERAMENTE DE LA MALA Y FRÍVOLA.

El amor tiene el primer lugar entre las pasiones del alma: éste es el rey de todos los movimientos del corazón, el cual convierte todo lo demás en sí y nos hace tales cual es la cosa amada (1). Ten cuenta, pues, Filotea, de no tener ningún mal amor, porque á la misma hora serás tú también de todo punto mala. La amistad, pues, es el más peligroso amor de todos, porque los otros amores pueden ser sin comunicación; pero como la amistad está totalmente fundada sobre ella, es casi imposible tenerla con una persona sin participar de sus calidades.

1. Todo amor no es amistad, porque podemos amar sin ser amados, y entonces hay amor, pero no amistad; esto por cuanto la amistad es un amor recíproco; y no siendo recíproco, ya no es amistad.

2. Y aun no basta que sea recíproco, sin que las partes que se aman sepan su recíproca afición; porque si éstas la ignoran, tendrán amor, mas no amistad.

3. Es menester con esto que haya entre ellas alguna suerte de comunicación, que sea el fundamento de la amistad.

Según la diversidad de las comunicaciones, la amistad también es diversa; y las comunicaciones son diferentes, según la diferencia de los bienes que se comunican. Si éstos son bienes falsos y vanos, la amistad es

(1) Oseas, IX, 10.

falsa y vana; si son verdaderos, la amistad será verdadera; y cuanto más excelentes fueren los bienes, tanto más excelente será la amistad; porque así como la miel es más excelente cuando se coge de las flores más exquisitas, así el amor fundado sobre una más exquisita comunicación, es el más excelente; y como hay miel en Heraclea del Ponto que es venenosa y vuelve locos á los que de ella comen, por cuanto se coge sobre el acónito, de que es abundante esta región (1), así la amistad fundada sobre la amistad de falsos y viciosos bienes, es de todo punto falsa y mala.

La comunicación de los vicios carnales es una recíproca propensión y cebo bruto, la cual no puede ni debe tener nombre de amistad entre los hombres, más que las de los jumentos y caballos en semejantes efectos, y si no hubiera ninguna otra comunicación entre los casados, tampoco habría ninguna amistad; mas por cuanto fuera de ésta tienen la comunicación de la vida, de la industria, de los bienes, de la afición y de una indisoluble fidelidad, es la del matrimonio una amistad verdadera y santa.

La amistad fundada en la comunicación de los placeres sensuales es de todo punto grosera. é indigna del nombre de amistad, como también la que se funda en virtudes frívolas y vanas, por cuanto estas virtudes dependen también de los sentidos. Llamo placeres sensuales los que están asidos inmediata y principalmente á los sentidos exteriores, como el placer de ver una hermosura, de oír una dulce voz ó la de varios instrumentos, y otros semejantes.

(1) Plin., *Hist Nat.*, lib. XXI, c. XIII (al XLV); Mattioli, in Diosc., lib. VI, c. VIII.

Virtudez frívolas llamo ciertas habilidades y calidades vanas, á quien los juicios apocados llaman virtudes y perfecciones. Si oyes hablar la mayor parte de las mujeres y de la gente moza, verás que dirán siempre: Fulano es muy virtuoso: tiene muchas perfecciones: danza bien, juega bien á todas suertes de juegos, vístese bien, canta bien, tiene buen talle; y de esta manera tienen las más veces á los charlatanes por los más virtuosos, siendo éstos unos bufones y hombres juglares. Como todo esto, pues, mira á los sentidos, así también todas las amistades que de aquí resultan se llaman sensuales, vanas y frívolas, y merecen antes el nombre de locuras que de amistades. Estas son de ordinario las amistades de la gente moza, fundadas sólo en el mostacho relevado, en el cabello crespo, en las miraduras lascivas, en los vestidos de gala y en la charlatanería y discursos vanos: amistades dignas de los amantes, que no tienen ninguna virtud sino en apariencia, ni ningún juicio sino en agraz. Tales amistades no son sino de paso, y así se acaban y deshacen como la nieve al sol.

CAPÍTULO XVIII

DE LOS AMORES VANOS.

Cuando estas amistades locas se practican entre gente de diverso sexo, y sin pretensión de matrimonio, se llaman amores vanos; porque no siendo sino ciertos abortos ó fantasmas de amistad, no pueden tener

el nombre de amistad ni de amor verdadero por su incomparable vanidad é imperfección. Por éstas, pues, los corazones de los hombres y de las mujeres quedan presos, empeñados y entretejidos los unos con los otros, con una vana y loca afición, fundada sobre frívola comunicación y errados entretenimientos, de los cuales he hablado arriba. Y aunque estos amores locos paran de ordinario y se abismen en carnalidades y lascivias deshonestas, no por eso es éste el primer designio de los que los ejercen, porque entonces ya no serían vanos amores, sino deshonestidad y fornicación manifiesta. Asimismo se pasarán á veces muchos años sin que suceda entre los que son tocados de esta locura ninguna cosa que sea directamente contraria á la castidad del cuerpo, no alargándose los tales á más que comunicarse los corazones con deseos, suspiros, ternezas y otras semejantes boberías y vanidades, haciéndolo por diversas pretensiones. Los unos no tienen otro designio sino el satisfacer y hartar sus corazones, enamorando así los ajenos como los propios, siguiendo en esto su amorosa inclinación. Estos no miran otra cosa en la elección de sus amores sino á su gusto é instinto; pues luego que se les ofrece algún sujeto agradable, sin examinar su interior ni calidad, comienza esta comunicación de amor, metiéndose voluntariamente en su miserable red, de la cual para salir después habrán de padecer no pequeño trabajo. Otros se dejan llevar de esta locura por vanidad, pareciéndoles que no es pequeña gloria el prender y ligar los corazones con amor; y éstos, como hacen su elección por vanagloria, echan sus anzuelos y tienden sus redes en lugares espaciosos, raras, relevados é ilustres. Otros se dejan llevar tanto

por su inclinación amorosa, como por su vanidad, y juntan estas dos cosas; y así, aunque éstos tengan el corazón inclinado al amor, no por eso quieren emprenderle sin alguna ventaja de gloria. Estas amistades son todas malas, locas y vanas. Malas por cuanto á la fin se terminan y acaban en el pecado de la carne, y que las tales roban el amor, y por consiguiente el corazón á Dios, á la mujer y al marido, en quienes debía estar. Locas, por cuanto no tienen fundamento ni razón. Vanas, porque no traen ningún provecho, honra ni contento; antes por el contrario, pierden el tiempo y embarazan la honra, sin dar ningún gusto, sino el de una ansia de pretender y esperar sin saber lo que se quieren ni lo que se pretenden; porque les parece siempre á estos apocados y flacos ánimos, que hay un no sé qué digno de desear en las muestras que les dan de recíproco amor, sin que sepan decir qué sea la razón de que su deseo no se termine jamás, sino que antes, aumentándose siempre, los aprieta el corazón con perpetua desconfianza, inquietud y celos,

San Gregorio Nacianceno, escribiendo contra las mujeres vanas, habla maravillosamente sobre este sujeto. Esta es una pequeña parte, y buena para entrambos sexos: « Tu natural hermosura basta para tu marido, que si ésta es para muchos hombres, como una red tendida para una tropa de pájaros, tal verás que te agrade, á quien también agrade tu hermosura, y entonces pagarás una ojeada con otra, y un semblante con otro, siguiendo luego las risas y dichos amorosos, arrojados al principio á hurto; pero domesticándose, bien presto se pasará á manifestar desenvolturas. Guárdate bien ¡oh lengua mía parlera! de

» decir lo que después sucederá; con todo eso no de-
 » jaré de decir esta verdad. Ninguna cosa de cuantas
 » la gente moza dice y hace en estas juntas y locos
 » discursos, está libre de agudos anzuelos, que tiran
 » y llaman á mil viciosos enredos: todas las patrañas
 » de estos que se llaman enamorados, están eslabona-
 » das la una con la otra, y siguen ni más ni menos
 » que un hierro tocado de la piedra imán, que tira á
 » sí consecutivamente otros muchos» (1).

¡ Oh, qué bien dice este gran obispo! ¿ Qué es lo que piensas hacer? ¿ Dar amor? no. Mas nadie da de buena gana, que no tiene lo necesario. Quien gana, es ganado en juego. La yerba aproxis recibe y concibe el fuego luego que le ve (2); nuestros corazones son de la misma manera; porque luego que ven un alma inflamada de amor por ellos, al mismo punto se abrasan por ella. Diráme alguno que bien querrá tomar ó recibir amor, pero no mucho. ¡ Ah. pobre de ti, y cómo te engañas! que este fuego de amar es más activo y penetrante de lo que te parece. Entenderás no recibir sino una centella; pero espántate no poco de ver que en un momento se habrá apoderado de todo tu corazón, reducido en ceniza todas tus resoluciones, y en humo tu reputación. El Sabio se lamenta: *¿ Quién tendrá compasión de un encantador picado de la serpiente?* (3). Y yo me lamento después de él: ¡ Oh locos y desatinados! ¿ pensáis encantar al amor para poderle manejar á vuestro apetito? ¿ Queréis burlar con él? Él os morderá y picará hasta lo vivo. ¿ Sabes tú, pues, lo

(1) Carm., lib. I, sectio II, § 29, ¶¶ 89-98.

(2) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXIV, c. XVII (al ca).

(3) Eclesiástico, XII, 13.

que dirán después? Todos se burlarán de ti y se reirán de que hayas querido encantar al amor, y de que debajo de una falsa seguridad hayas alojado en tu seno una culebra tan peligrosa, la cual te ha echado á perder y destruído alma y honra.

¡ Oh, Dios, y qué ceguera es ésta! ¡ Querer jugar al fiado, sobre prendas tan frívolas, la principal pieza de nuestra alma! Sí, Filotea: esto es así porque Dios no quiere al hombre sino por el alma; ni al alma, sino por la voluntad, ni á la voluntad, sino por el amor. Fuera de esto no tenemos, ni con mucho, harto amor, según el que habíamos menester. Quiero decir, que nos falta amor en infinito para el que debíamos tener para amar á Dios, y no obstante esto le desperdiciamos y derramamos en cosas locas, vanas y frívolas, como si tuviéramos demasiado. Nuestro Dios, como quien se reservó para sí el solo amor de nuestras almas, en reconocimiento de su creación, conservación y redención, nos pedirá cuenta bien estrecha de estos nuestros locos placeres; que si sabemos que ha de hacer un exacto exámen aun de las palabras ociosas (1), ¿ que hará de las amistades ociosas, impertinentes, locas y perniciosas?

El nogal daña grandemente las viñas y campos donde está plantado, que como es tan grande, tira á sí toda la virtud de la tierra, la cual no puede después bastar al nutrimento de las demás plantas. Su hoja es tan espesa, que hace una sombra grande y cerrada, tirando á sí los pasajeros, los cuales, por coger de su fruto, dañan y pisan su contorno. Estos amores vanos

(1) S. Mateo, XII, 36.

hacen los mismos daños al alma, porque la ocupan de manera y tiran con tanta fuerza sus movimientos, que queda después imposibilitada de ninguna buena obra. Sus hojas, esto es, sus entretenimientos, divertimientos y atraimientos, son tan frecuentes, que disipan y pierden todo el tiempo; y en fin, tiran á sí tantas tentaciones, distraimientos, sospechas y otras consecuencias, que tienen todo el corazón destruído y dañado. Y últimamente digo que estos amores vanos destierran, no sólo al amor divino, mas también el temor de Dios, debilitan el espíritu, menguan la reputación y son, en una palabra (1), el juguete de los corazones; más: son la peste de ellos.

CAPÍTULO XIX

DE LAS VERDADERAS AMISTADES.

Amarás á todos, Filotea mía, con un amor grande y caritativo; pero no tendrás amistad sino con aquellos que puedan comunicar contigo cosas virtuosas; y cuanto más exquisitas sean las virtudes que comunicares, tanto más será tu amistad perfecta. Si comunicas las ciencias, tu amistad será sin duda digna de alabanza, y más si comunicas las virtudes, como la prudencia, discreción, fortaleza y justicia. Pero si tu recíproca comunicación fuere de la caridad, de la devoción y de la perfección cristiana, ¡ oh, buen Dios, y cuán preciosa será tu amistad! Será excelente, porque viene de

(1) *el pasatiempo de las cortes y la peste de los corazones, dice el original.*

Dios; excelente, porque mira á Dios; excelente, porque su atadura es Dios; y excelente, porque durará eternamente en Dios. ¡Oh, cuán bueno es amar en la tierra como se ama en el cielo, y aprender á querernos en este mundo como harémos eternamente en el otro! Y no trato del amor simple de caridad, porque éste debemos tener á todos los hombres; sólo hablo de la amistad espiritual, por la cual dos ó tres ó más almas se comunican su devoción, sus deseos espirituales, y se hacen entre ellas de un solo espíritu. Con justa razón podrán cantar estas dichosas almas: *¡Oh, cuán bueno y cuán agradable es el habitar los hermanos juntos!* (1). Sí, porque es el bálsamo regalado de la devoción, destilado de uno en otro corazón por una continua participación, se puede decir que Dios derrama sobre esta amistad su bendición y la vida hasta los siglos de los siglos (2).

Paréceme que todas las otras amistades no son sino sombras comparadas con esta; ni sus ligaduras sino cadenas de vidrio ó frágil barro para con las ligaduras de la santa devoción, que son todas de oro.

No hagas, pues, amistades de otra manera; quiero decir, de las amistades que tú hicieres; porque no se deben por esto dejar ni menospreciar las amistades que la naturaleza y las precedentes obligaciones te obligan á entretener, como de los parientes, de los aliados, de los bienhechores, de los vecinos y otros; sólo hablo de las que tú por elección escoges.

Muchos te dirán (podrá ser) que no se ha de tener ninguna suerte de particular afición ni amistad, por

(1) Salmos, CXXXII, 1.

(2) *Ibid.*, § 4.

cuanto éstas ocupan el corazón, distraen el espíritu y engendran las pesadumbres; mas engañanse en su consejo, que como han visto en los escritos de muchos santos y devotos autores, que las amistades particulares y aficiones extraordinarias dañan infinito á los religiosos, piensan que se entiende lo mismo con todos los demás del mundo; pero la diferencia es grande: porque debajo de que en un monasterio bien reglado el designio común de todos mira á la devoción, no es necesario el hacer particulares comunicaciones, de miedo que, buscando en particular lo que es común, no se pase de las particularidades á las parcialidades; pero cuanto á los que están entre los mundanos y que abrazan la verdadera virtud, les es necesario el alentarse los unos á los otros con una santa y sacra amistad, porque por este medio se animan, se ayudan y se encaminan al bien. Y como los que caminan por lo llano no han menester darse la mano, sino los que se hallan en caminos ásperos y escabrosos, porque entonces se asen y ayudan los unos á los otros para caminar con más seguridad, así los que están en las religiones no tienen necesidad de particulares amistades, sino los que están en el mundo para ayudarse y socorrerse los unos á los otros en el pasaje de tantos peligrosos pasos. En el mundo no todos conspiran á un mismo fin, ni todos tienen un mismo juicio. Menester es, sin duda, ponerse aparte y hacer amistades según nuestra pretensión, y esta particularidad hace una parcialidad, pero parcialidad santa, la cual no hace ninguna división, sino la del bien y el mal, la de las ovejas y las cabras, y de las abejas y los zánganos, que es separación necesaria.

No se puede negar que nuestro Señor no amase con una más dulce y especial amistad á san Juan, Lázaro, Marta y Magdalena, porque la Escritura nos lo muestra (1). También se sabe que san Pedro amaba tiernamente á san Marcos y santa Petronila, como san Pablo también á su Timoteo y santa Tecla. San Gregorio Nacianceno se preciaba cien veces de la sin igual amistad que tuvo con san Basilio el Magno, y le escribe de esta suerte (2): «No parece sino que en » nosotros dos no hay sino una sola alma en dos cuer- » pos; que si no se ha de creer á los que dicen que » todas cosas están en todas cosas, no por eso hemos » de dejar de dar crédito á que entrambos á dos esta- » mos en el uno de los dos y el uno en el otro. Una sola » pretensión tenemos entrambos, que es de cultivar » la virtud y acomodar los designios de nuestra vida á » las esperanzas futuras, saliendo así fuera de la tierra » mortal antes del morir. » San Agustín nos muestra (3) cómo san Ambrosio amaba únicamente á santa Mónica por las raras virtudes que había en ella, y que ella recíprocamente le amaba como á un ángel de Dios.

Mas no tengo razón de detenerme y embebecerte en cosa tan clara. San Jerónimo, san Agustín, san Gregorio, san Bernardo y todos los mayores siervos de Dios, han tenido particulares amistades, sin daño de su perfección. San Pablo, reprendiendo el abuso de los gentiles, los acusa de haber sido gentes sin afición (4); esto es, que no tenían ninguna amistad. Y

(1) S. Juan, XIII, 23; XI, 5.

(2) Orat., XLIII, § 20.

(3) Confess., lib. VI, cc. 1, II.

(4) S. Pablo á los Romanos, I, 31.

santo Tomás, como todos los buenos filósofos, confiesa que la amistad es virtud (1); habla de la amistad particular, pues dice (2): «La perfecta amistad no puede » extenderse á muchas personas. La perfección, pues, » no consiste en no tener amistad, sino en tenerla » buena, santa y sagrada.»

CAPÍTULO XX

DE LA DIFERENCIA QUE HAY ENTRE LAS VERDADERAS Y VANAS AMISTADES.

Aquí tienes, pues, Filotea mía, el más principal aviso de cuantos puedo darte acerca de este sujeto. La miel de Heraclea (3), que es venenosa, parece á la otra que es saludable. Gran peligro, pues, se corre, de tomar la una por la otra y de tomarlas mezcladas; porque la bondad de la una no impediría la malignidad de la otra. Menester es, pues, tener cuenta para que no te engañes en estas amistades, principalmente cuando éstas son entre personas de diverso sexo, debajo de cualquier pretexto que sea; porque en un momento Satanás hace volver la casaca á los que aman. Comienzan por el amor virtuoso; pero si no hay mucha prudencia, bien presto se mezclará el amor frívolo, después el amor sensual, y después el amor carnal; y aun

(1) II^a II^æ, Qu., XXIII, art. III, ad. I.

(2) In X lib. Ethic. Aristot., lib. IX, lect. XII, et Quæst. disput. de Malo, Qu. VII, art. II, ad. 12.

(3) Vide Supra, c. XVII, pars. III.

de la misma manera hay peligro en el amor espiritual, si no se tiene buena cuenta, aunque en éste sea más difícil la mudanza, por cuanto su pureza y blandura dan mejor á conocer las manchas con que Satanás procura amancillar las almas. Por esto, pues, cuando lo intenta, es con tanta fineza, que procura hacer deslizar á las deshonestidades casi insensiblemente.

Conocerás la amistad mundana entre la santa y virtuosa, como se conoce la miel de Heraclea entre la otra. La miel de Heraclea es más dulce á la boca que la ordinaria, por causa del acónito, que la da aún mayor dulzura; y la amistad mundana produce ordinariamente gran cantidad de palabras azucaradas, con una junta de ciertos motes apasionados y alabanzas fundadas en la hermosura, en la gracia y en las calidades sensuales. Pero la amistad santa tiene un lenguaje simple y noble, y no puede alabar sino la virtud y la gracia de Dios, único fundamento sobre el cual se funda. La miel de Heraclea, luego que se ha comido, causa un desvanecimiento de cabeza; y la falsa amistad provoca á un desvanecimiento de espíritu, que hace titubear á la persona en la castidad y devoción, trayéndola á señas afectadas, tiernas é inmoderadas; á caricias sensuales, á suspiros desordenados, á ciertas quejas de no ser amado, á pequeñas, pero buscadas y halagüeñas ceremonias y galanterías. Camina por aquí para llegar á la licencia de los actos, familiaridades y favores deshonestos: presagios ciertos é indubitables de una cercana ruina de la honestidad. Mas la amistad santa no tiene sino ojos simples y vergonzosos; ni caricias, sino puras y nobles; ni suspiros, sino para el cielo; ni familiaridades, sino para con el espíritu; ni quejas, sino

cuando Dios no es amado: señales infalibles de la honestidad. La miel de Heraclea turba la vista, y esta amistad mundana turba el juicio: de suerte que los que son tocados de ella, piensan hacer bien en haciendo mal, y entienden que sus excusas, pretextos y palabras sean verdaderas razones: temen la luz y aman las tinieblas. Pero la amistad santa tiene los ojos claros y no se esconde, sino antes parece de buena gana delante de la gente virtuosa. En fin, la miel de Heraclea da una grande amargura en la boca; así las falsas amistades se convierten y acaban en palabras y demandas carnales y hediondas; ó en caso que éstas no se admitan, en injurias, calumnias, embustes, tristezas, confusiones y celos, lo cual todo para bien presto en brutalidades y desatinos; pero la casta amistad es siempre igualmente honesta, comedida y amigable, y jamás se convierte sino en una más perfecta y pura unión de espíritu: imagen viva de la amistad y bien dichoso que en el mismo cielo se ejerce.

San Gregorio Nacienceno dice (1) que cuando grita el pavón, luego que hace la rueda de sus plumas, excita en extremo á las hembras que le oyen á la lubricidad. Así, cuando vemos á un hombre galantear, componerse y llegarse con halagos, ternezas y embustes, á las orejas de una mujer, sin pretensión de un justo matrimonio, sin duda que lo hace para provocarla á alguna deshonestidad. Entonces la mujer, si es honrada, cerrará las orejas por no oír el grito del pavón y la voz del encantador, que la quiere encantar con finezas (2); que si le oye, ¡oh, Dios! y qué mal agüero:

(1) Ubi Supra, (y y 80, 81), c. xviii, pars. III.

(2) Salmos, lvii, 5.

porque lo será, sin duda, de la futura pérdida de su corazón.

La gente moza, que hacen señas, finezas y caricias, ó dicen palabras en las cuales no querrían ser oídos de sus padres, madres, maridos, mujeres ó confesores, muestran que tratan de cosa ajena al honor y la conciencia. Nuestra Señora se turbó viendo un ángel en forma humana, porque estaba sola, y que la decía extremas, aunque celestes, alabanzas. ¡Oh Salvador del mundo! ¿La pureza teme un ángel en forma humana? ¿Por qué, pues, la inmundicia no temerá un hombre, aunque estuviese en figura de ángel, cuando la alaba con alabanzas sensuales y humanas?

CAPÍTULO XXI

AVISO Y REMEDIO CONTRA LAS MALAS AMISTADES.

¿Qué remedio, pues, contra este género y forma de locos amores, locuras y deshonestidades? Al punto que vieres en tí las menores señales, vuélvete luego del otro lado, y con una detestación absoluta de esta vanidad, corre á la cruz del Salvador y toma su corona de espinas para rodear tu corazón, porque estas raposillas (1) no se te lleguen; guárdate de venir á ninguna suerte de trato con este enemigo; no digas: Oiréle, mas no haré nada de lo que me dirá; ni: Prestaréle la oreja, mas rehusaré el corazón. ¡Oh, no,

(1) Cantares, II, 15.

Filotea! por amor de Dios te ruego seas rigurosa en tales ocasiones. El corazón y las orejas se entretienen el uno al otro; y como es imposible el detener una corriente que ha tomado su curso por la caída de una montaña, así es dificultoso el estorbar que el amor que ha caído en las orejas no haga al mismo punto caída en el corazón (1). Verdad es que Aristóteles lo niega (2): no sé en qué lo funda; pero bien sé que nuestro corazón alienta por la oreja, y que como aspira y exhala sus pensamientos por la lengua, respira también por la oreja, por la cual recibe los pensamientos ajenos. Guardemos, pues, con cuidado nuestras orejas del aire de locas palabras; porque de otra suerte nuestro corazón será al punto apestado. No oigas ninguna suerte de proposiciones sobre ningún pretexto que sea: en este solo caso no importa mostrarse descortés y rústica.

Acuérdate que has votado tu corazón á Dios, y que tu amor le está ya sacrificado. Sacrilegio, pues, sería el quitarle un solo bien; sacrifícale antes de nuevo con mil resoluciones y protestaciones, y asegurándote entre ellas como un ciervo en su guarida, reclama á Dios y te socorrerá, y su amor tomará el tuyo en su protección para que viva únicamente por él; y si estás ya cogida entre las redes de estos locos amores, ¡oh, Dios, y cuánta dificultad habrá en el sacarte de ellas! Ponte delante de su divina Majestad; conoce en su presencia la grandeza de tu miseria, tu flaqueza y vanidad; después, con el mayor esfuerzo de corazón que te sea

(1) Las cabras, según Alcmeon, respiran por las orejas y no por las narices (Frase olvidada por nuestro traductor).

(2) *Hist. Anim.*, lib I, c. XI.

posible, abomina estos comenzados amores, detesta la vana profesión que has hecho de ellos, renuncia todas las promesas recibidas, y con una grande y absoluta voluntad, resuelve en tu corazón de nunca más entrar en estos juegos y entretenimientos de amor.

Si pudieras alejarte del objeto, aprobarélo infinito; porque como los que han sido mordidos de las serpientes no pueden con facilidad sanar en presencia de los que otra vez han sido heridos de la misma mordedura (1), así la persona que está picada de amor sanará con dificultad de esta pasión mientras estuviere cerca de la otra que ha sido tocada de la misma picadura. La mudanza de lugar sirve en extremo para apaciguar los ardores é inquietudes, sean de dolor ó amor. El mozo de quien habla san Ambrosio en el libro segundo de la penitencia (2), habiendo hecho un largo camino, volvió de todo punto libre de unos locos amores que había tenido, y de tal manera trocado, que encontrándole su loca enamorada y diciéndole: ¿No me conoces por ventura? Mira que yo soy, yo misma. Sí serás (respondió el mozo); mas yo no soy yo mismo. La ausencia le fué causa de esta dichosa mudanza. Y san Agustín dice (3) que para aliviar el dolor que recibió en la muerte de su amigo, se salió de Tagaste, lugar donde murió, y se fué á Cartago.

Pero quien no puede alejarse, ¿qué es lo que hará? Habrá menester dejar absolutamente toda conversación particular, todo entretenimiento secreto, toda dulzura de ojos, todo semblante risueño, y generalmente toda

(1) Plin., *Hist. Nat.*, lib. XXVIII, c. III, (al VI).

(2) Cap. X.

(3) *Confess.*, lib. IV, c. VII.

suerte de comunicación y cebo que puede alimentar este fuego hediondo y humoso. Y si el tal no excusare hablar al cómplice, que sea para declarar entonces por una atrevida, corta y severa protestación el divorcio eterno que ha propuesto y jurado. Torno, pues, á decir en alta voz á cualquiera que hubiere caído en el lazo de estos vanos amores, que le corte, despedace y rompa. No es bien detenerse en descoser estas locas amistades; rasgarlas es menester. No se han de desanudar las ligaduras; mejor es cortarlas y romperlas: así como así sus cuerdas y ataduras no valen nada. No es bien regatear el desasirnos de un amor que es tan contrario al amor de Dios. Pero después que habré de esta suerte roto las cadenas de esta infame esclavitud, aún me quedará algún resentimiento; y las señales y forma de los hierros se mostrarán aún impresas en mis pies; esto es, mi afición; mas no quedarán, Filotea, como hayas abominado tu mal tanto como merece; porque si esto hicieres, no verás en ti otro movimiento sino un horror del vano amor pasado y de todo aquello que de él depende, y quedarás para con el objeto ya dejado, libre de toda afición y sólo con aquella de una purísima caridad para con Dios. Mas si por la imperfección de tu arrepentimiento te queda aún alguna mala inclinación, procura poner tu alma en una soledad mental, según te he mostrado atrás (1), y retírate cuanto puedas; y con mil retiradas y asaltos de espíritu, reconoce todas tus inclinaciones, abóminalas con todas tus fuerzas, lee los libros devotos más que lo ordinario; confíesate y comúlgate más á menudo que

(1) Parte II, c. XII.